

ETNICIDAD, CONCIENCIA DE ETNICIDAD Y MOVIMIENTOS NACIONALISTAS: APROXIMACION AL CASO ANDALUZ*

Isidoro MORENO NAVARRO**

1. CUESTIONES TEORICAS INTRODUCTORIAS

1.1. Etnicidad y conciencia de etnicidad

Para delimitar conceptos, comenzaré diciendo, en una primera aproximación, que existe *etnicidad* cuando un grupo humano, por haber cristalizado como grupo étnico en el transcurso de un proceso histórico en el que sus miembros han participado de una experiencia colectiva básicamente común, posee una serie de elementos culturales específicos que actúan como marcadores de su diferenciación objetiva respecto a otros grupos, es decir, como marcadores de su específica identidad.

La etnicidad, pues, es un hecho objetivo del que pueden tener o no conciencia los sujetos concretos que participan de ella. Por el hecho de existir una etnicidad determinada, lo que se refleja en una serie de especificidades y diferencias, principalmente culturales, respecto de otros grupos, no debemos esperar que exista necesariamente autoconciencia de etnicidad por parte de los miembros del grupo. En ciertos casos, como ha ocurrido en Andalucía, no ha habido tal autoconciencia durante mucho tiempo, sino, a lo más, un sentimiento más o menos difuso o implícito de pertenecer a una cierta y muy poco definida colectividad que tampoco tiene por qué coincidir con el conjunto del grupo étnico. Y ello, por la existencia de una serie de interferencias y/o alienaciones que han bloqueado o deformado la percepción de su etnicidad a sus propios miembros.

* Una parte de este texto está basado en las ponencias que sobre el tema presentó el autor en el II Congreso de Antropología (Madrid, 1981) y Primer Congreso Andaluz de Sociología (Córdoba, 1983), las cuales, por diversas causas, no han sido aún publicadas.

** Antropólogo. Universidad de Sevilla.

El difuso sentimiento de etnicidad puede transformarse en autoconciencia cuando algunos de los elementos diferenciadores no sólo sean vividos en su carácter denotativo, sino dotados de valores positivos para el grupo y utilizados como medios simbólicos de afirmación de la identidad propia, contrastativa con la identidad de otros grupos.

Este paso desde el sentimiento a la conciencia de etnicidad no se da por la virtualidad misma de los contenidos de los elementos culturales diferenciadores —los cuales pueden tenerla o no, y si la tienen puede incluso ser en diversas direcciones potenciales—, sino porque dichos elementos son hechos significativos por uno o varios grupos sociales concretos que ponen de manifiesto su significación profunda, antes velada a la percepción, caso de que exista realmente esa significación, o los cargan con una significación determinada, caso de que no la tengan en sí, convirtiéndolos en símbolos que actúan como instrumentos estratégicos para el logro de sus objetivos.

Los símbolos de la especificidad cultural de un pueblo, o sea, de su etnicidad, una vez constituidos como tales pueden mantener unos mismos referentes durante largo tiempo, pero ello no significa que hayan de tener una continuidad en cuanto al significado que les está asociado y en cuanto a su valor estratégico para las diversas clases y grupos sociales. Por ello, hay que estudiarlos teniendo muy en cuenta que no tienen una existencia estática, a pesar de las posibles apariencias, y que son polisémicos, es decir, que pueden tener varios significados distintos bajo un mismo referente.

1.2. Los movimientos nacionalistas y la etnicidad

La conciencia de etnicidad de un pueblo asentado en un concreto territorio puede plasmarse políticamente, de forma más o menos vertebrada según los casos, en movimientos de tipo regionalista o nacionalista.

Los movimientos regionalistas aspiran al reconocimiento por parte del Estado de las especificidades culturales de los pueblos con etnicidad propia existentes en su interior. Sus reivindicaciones y objetivos se centran en la consecución de medidas legales que protejan la existencia de los marcadores de su diferenciación étnica (lengua, folklore, usos jurídicos, etc.). A nivel jurídico, se trata de lograr, a lo más, una autonomía cultural y una descentralización político-administrativa, pero sin cuestionar el tipo de integración económica y política que el grupo y su territorio tienen en el Estado, ni oponerse a la pretensión de este de presentarse como una única Nación-Estado en cuyo interior todos los grupos étnicos no son más que una parte y no pueden tener otra existencia que la *regional*.

Cuando hablamos de *nacionalismos* nos referimos a movimientos e ideologías distintos del regionalismo no ya cuantitativa sino cualitativamente. Para un grupo con autoconciencia de etnicidad, el nacionalismo supone la reivindicación del derecho al control no sólo de su patrimonio cultural y del desarrollo de este, sino también de sus recursos naturales y de sus decisiones políticas, negando a cualquier otra instancia más allá de sí mismo dicho derecho, a no ser por delegación o acuerdo libremente pactado. En términos políticos, la cuestión clave es dónde reside legítimamente la soberanía, negándose que ésta pueda ser encarnada por el Estado que se presenta falsamente como una única Nación, y afirmándose, por el contrario, que los sujetos de la soberanía son cada uno de los pueblos-naciones que integran realmente el Estado aunque no estén reconocidos como tales.

Así, pues, en pueblos con etnicidades específicas pueden generarse movimientos nacionalistas, sobre todo si existe una amplia autoconciencia de identidad, en el momento en que una determinada situación respecto a la estructura estatal o un fenómeno de importancia estructural para dicho pueblo actúen como catalizadores del proceso. Entonces, los elementos culturales de diferenciación, o al menos parte de ellos, se cargan de más profundos significados convirtiéndose en símbolos de afirmación nacionalista. Los impedimentos a usar o desarrollar los componentes de la cultura propia, la dependencia política y las situaciones de dependencia económica o de colonialismo interno son fenómenos cada uno de los cuales, o varios de ellos combinados, pueden actuar de catalizadores que den lugar a la aparición o reforzamiento de la conciencia nacionalista, la cual se desarrollará en la medida en que una clase social o bloque de clases se constituya en eje del movimiento y plantee un proyecto político de reivindicaciones y objetivos nacionales de acuerdo con sus intereses.

El tema de los conflictos de clase no es, pues, algo aparte del tema nacionalista, sino que ambas cuestiones, en momentos históricos concretos, se hallan estrechamente imbricadas. El análisis de los procesos y contextos históricos en que se producen eclosiones nacionalistas —como ocurre en la actualidad en el interior de muchos Estados europeos presuntamente unitarios según las respectivas ideologías oficiales— es también de importancia primordial para entender el fenómeno, ya que, como afirmaba Pierre Vilar, “no hay naciones *en sí*, sino conciencias en formación según diversos grados de exigencia política”¹. Rodinson, en su crítica a la subestimación del tema por parte de la mayoría de los marxistas, también remacha: “La opción nacionalista no es un absoluto impuesto por Dios, por la moral o por la historia. Es la culminación, en determinadas condiciones, de aspiraciones e intereses nacidos de la situación objetiva al lado de otros”².

1. Pierre Vilar: “Sobre los fundamentos de las estructuras nacionales”. En *Autonomías: un siglo de lucha*. Extra V de *Historia* 16, abril 1978, p. 15.
2. Maxime Rodinson: *Sobre la cuestión nacional*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1975, pp. 48-49.

Precisamente lo que es preciso estudiar, en cada caso, es la índole de esas “determinadas condiciones” y los componentes fundamentales de la “situación objetiva” del grupo étnico respecto al Estado en cuyo interior existe y respecto a otros grupos, así como sus repercusiones sobre sus diversas clases sociales. No hay que confundir, pues, a los elementos marcadores de la etnicidad con los fenómenos y elementos, tanto económicos como políticos y culturales, que definen estructuralmente al grupo étnico. Unos y otros tienen, sin duda, relación pero es en los últimos donde se encuentran los verdaderos catalizadores de la conciencia nacionalista, la cual actúa también en el sentido de profundizar la propia autoconciencia de etnicidad, al ampliar el carácter connotativo (simbólico) de los marcadores étnicos mucho más allá de su carácter denotativo (iconográfico o vivencial).

Para el caso del despertar, o del resurgimiento, de los nacionalismos de pueblos integrados en los actuales Estados europeos occidentales (o *etnonacionalismos*, como algunos los denominan para distinguirlos de los *nacionalismos de Estado* que niegan la existencia o posibilidad de existencia de pueblos-naciones en su interior), es evidente la importancia fundamental de la división territorial y jerárquica del trabajo que ha impuesto el sistema de producción capitalista desarrollado a los diversos pueblos y territorios que existen en el seno de cada Estado. Una serie de estos han sufrido los efectos de la ley de desarrollo desigual del capitalismo y han quedado en una situación objetiva de colonialismo interno, con sus secuelas de subdesarrollo, emigración, etc. El despertar en estos pueblos de la conciencia nacionalista tiene mucho que ver con esta situación, aunque el fenómeno no se produce, en modo alguno, de forma mecánica. La existencia evidente de elementos marcadores de la etnicidad y de intereses y aspiraciones explícitas de una o varias clases sociales en acción favorecerán el desencadenamiento del proceso. La debilidad de unos y otros hará mucho más débil la emergencia nacionalista o incluso esta podrá bloquearse, sobre todo si hay presiones ideológicas fuertes para impedir su aparición por parte de la estructura del Estado y dentro del propio grupo étnico.

Es cierto, por otra parte, que no todos los etnonacionalismos europeos pueden explicarse en relación a fenómenos de neocolonialismo interno. En este sentido, estoy de acuerdo con la precisión de Hechter y Levi³ distinguiendo entre división jerárquica del trabajo, causante de colonialismos internos, y división segmentaria del trabajo, productora de situaciones de economías que son periféricas respecto al centro político pero que pueden estar

3. M. Hechter y M. Levy: “The comparative analysis of Ethnoregional Movements”. *Ethnic and Racial Studies*, 1979, pp. 260-274. En “Identidad étnica y nacionalismo: el caso de Cataluña. Memoria del Proyecto de Investigación”, de Dolores Comas y otros, Barcelona, 1982 (manuscrito). Agradezco a mis colegas Dolores Comas, Juan José Pujadas, Ubaldo Martínez Veiga y Teresa del Valle, sus aportaciones en los repetidos intercambios de puntos de vista que hemos tenido sobre los temas que aquí nos ocupan.

incluso más desarrolladas que la economía de dicho núcleo político integrador (como ocurre en el Estado Español a Catalunya y Euskadi). El protagonismo principal de los respectivos movimientos etnonacionalistas es, por ello, distinto: mientras en el primer caso el peso principal lo tendrían las capas populares, en el segundo estaría a cargo de los estratos sociales altos.

La presencia o acentuación de los fenómenos y situaciones que actúan como catalizadores de la emergencia nacionalista puede hacer asimismo que movimientos de carácter regionalista, o al menos un sector de ellos, se conviertan en nacionalistas, como ocurrió, por ejemplo, en Andalucía con ocasión de las fuertes luchas de los jornaleros del campo durante el llamado “trienio bolchevique”, al final de la década de los años diez del presente siglo. Estas luchas jornaleras, en reivindicación de la Reforma Agraria y con el objetivo de la revolución social, así como la consiguiente represión a través de los instrumentos del Estado fuertemente centralista, defensor de los intereses de la gran burguesía terrateniente, actuaron de catalizadores para convertir al ala más progresista del hasta entonces muy difuso ideológicamente movimiento regionalista andaluz, en claramente nacionalista y radical: los manifiestos de las Asambleas Andalucistas de Ronda (1918) y, sobre todo, de Córdoba (1919), la aparición del grito de “¡Viva Andalucía Libre!”, la pérdida —si bien transitoria— del temor a las acusaciones de separatismo y la disolución por el gobierno de muchos Centros Andaluces son datos que evidencian esta afirmación⁴.

En el mismo sentido, también el gigantesco fenómeno colectivo de la emigración andaluza de los años sesenta y primeros setenta supuso el gran catalizador contemporáneo que impulsó la extensión de la autoconciencia de identidad y generó un amplio sentimiento, sólo en parte transformado hoy en conciencia, de tipo nacionalista.

En relación con este último aspecto, es preciso insistir en que el movimiento nacionalista sólo madura y se organiza cuando una clase social, o alianza de clases, funde su conciencia de clase con la conciencia nacionalista, planteando un proyecto político de construcción o reconstrucción nacional de acuerdo con sus intereses y utilizando algunos marcadores de la etnicidad como símbolos nacionalistas.

Es claro, pues, que para que exista una opción nacionalista ha de haber una clase o bloque de clases cuyos intereses objetivos y cuya voluntad explícita sea la afirmación de la identidad no sólo cultural sino también política de un pueblo y el logro del reconocimiento, por parte del Estado y de los otros pueblos, de que sólo en él reside la legitimidad para decidir sobre sus

4. Isidoro Moreno: “Rechazo de la dependencia y afirmación de la identidad: las bases del nacionalismo andaluz”. *I. Jornadas de Estudios Socio-Económicos de las Comunidades Autónomas*, vol. III, pp. 87-106, Sevilla, 1981; y “La nueva búsqueda de la identidad” en *Historia de Andalucía* (dirigida por Antonio Domínguez Ortiz), vol. VIII, pp. 253-273, Madrid, 1981.

asuntos y sobre el tipo de relaciones con los demás. La emergencia de una nación, por consiguiente, se produce cuando en un pueblo con un cierto nivel de autoconciencia de etnicidad una o varias clases sociales, o un sector significativo de alguna de ellas, reivindica la soberanía política. De aquí que sea simple escolástica todo intento de realizar un catálogo cerrado de naciones o de dogmatizar sobre qué grupos étnicos o pueblos pueden aspirar a convertirse en realidades nacionales y cuáles no.

Todo grupo con una etnicidad específica y un asentamiento territorial dentro de un Estado *puede* generar, en determinadas condiciones, un movimiento nacionalista, sobre todo si posee un alto grado de autoconciencia de etnicidad. Pero ello, hay que repetirlo, no es en modo alguno automático: no basta con que existan elementos marcadores de la identidad para que surja autoconciencia de etnicidad y aún menos para que emerja un movimiento nacionalista. Por esto, si es importante analizar las características de dichos marcadores de la etnicidad —en sus referentes, en sus contenidos polisémicos, en su evolución y en su instrumentalización— en modo alguno este análisis agota la cuestión. Es imprescindible estudiar cuándo se producen los fenómenos de extensión de la autoconciencia étnica y de emergencia nacionalista, mediante qué procesos, a través de qué situaciones y elementos catalizadores, cuáles de entre los marcadores de diferenciación cultural se cargan de mayor significación y potencialidad y qué grupo o grupos sociales tienen mayor protagonismo activo tanto en la práctica social como en la teorización. No atender alguno de estos temas nos llevaría, en mi opinión, a análisis radicalmente insuficientes y a visiones que serían púramente ideológicas por más que trataran de presentarse como científicas.

Y aún hemos de señalar que, al igual que hemos subrayado la importancia fundamental de estudiar los *catalizadores* que hacen posibles la extensión de la autoconciencia de etnicidad y el surgimiento de conciencia nacionalista en el interior de un pueblo, también debemos dar el mismo nivel de atención al estudio de los *factores de bloqueo*, tanto internos como, sobre todo, externos a él, procedentes básicamente de la ideología estatalista dominante.

2. ETNICIDAD, CONCIENCIA DE ETNICIDAD Y NACIONALISMO EN ANDALUCIA

2.1 Una investigación imprescindible

Los anteriores planteamientos teóricos necesitan ser contrastados con los hechos para su profundización y modificación en cuanto fuera necesario. De

aquí la importancia de las investigaciones que estamos realizando varios equipos de antropólogos en Catalunya, Euskadi, Galiza, Canarias y Andalucía, para el estudio de la etnicidad y los nacionalismos de las respectivas áreas, tanto en lo específico de cada una de ellas como a efectos de validar, rectificar y comparar las hipótesis de partida y los resultados de cada uno de los trabajos. El actual Estado Español constituye un magnífico laboratorio para estudios de este tipo, dada la pluralidad de procesos y situaciones de los diversos pueblos que hoy lo integran.

2.2. El proceso de formación de la conciencia de etnicidad y de emergencia del nacionalismo andaluz

Varias etapas y momentos claves pueden distinguirse en el largo proceso de formación de la autoconciencia de etnicidad y de emergencia de la conciencia nacionalista en Andalucía. Aunque una de las vertientes de la investigación está siendo la profundización en el significado y características de cada uno de ellos, podemos ya señalar, a grandes rasgos, las etapas fundamentales⁵.

a) *El primer descubrimiento consciente de la etnicidad (1868-1890)*. En estos años se produce lo que podríamos denominar el primer descubrimiento consciente de la identidad cultural andaluza, realizado por los primeros antropólogos y folkloristas andaluces⁶. Hasta entonces, había sido débil la autoconciencia de la existencia de Andalucía como pueblo, en contraste con el acentuado sentimiento particularista de pertenencia a una comunidad o comarca concretas.

5. Sobre el proceso de formación de la conciencia de etnicidad y la emergencia del regionalismo-nacionalismo andaluz hemos publicado desde hace años varios trabajos. Las líneas maestras de la exposición que sigue están principalmente contenidas en mis tres capítulos dentro del volumen VIII de la *Historia de Andalucía* dirigida por Antonio Domínguez Ortiz (Madrid, 1981): "El primer descubrimiento consciente de la identidad andaluza", pp. 233-251; "La nueva búsqueda de la identidad", pp. 253-273; y "Hacia la generalización de la conciencia de identidad", pp. 275-298. También sobre diversos aspectos del tema pueden verse: Isidoro Moreno: *Andalucía. Subdesarrollo, clases sociales y regionalismo*. Ed. Manifiesto, Madrid, 1977; "Regionalismo y clases sociales: el caso de Andalucía", *I Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba, 1976*, vol. "Andalucía Hoy", pp. 249-254, Córdoba, 1979; "Economic Concentration, Political Centralization and Cultural Dominance: Emergence of New Nationalities. An Approach to Case of Andalucía". *X European Congress for Rural Sociology. Summaries*, pp. 68-69, Córdoba, 1980; "Rechazo de la dependencia y afirmación de la identidad: las bases del nacionalismo andaluz" (o.c.) e "Identidad cultural y dependencia: orígenes, bases, bloqueos y desarrollo del nacionalismo andaluz". *Nación Andaluza*, n.º 1, pp. 63-77, Granada, 1983.
6. Una primera aproximación al significado de los primeros antropólogos y folkloristas andaluces puede verse en mi artículo: "La Antropología en Andalucía. Desarrollo histórico y estado actual de las investigaciones", *Ethnica*, n.º 1, pp. 107-144, Barcelona, 1971. Actualmente, Encarnación Aguilar está preparando su tesis doctoral sobre el tema.

Este movimiento intelectual de descubrimiento y comienzo de profundización en la etnicidad andaluza hubiera podido conducir al desarrollo de la autoconciencia de identidad cultural y a poner las bases de un posible movimiento nacionalista andaluz, pero de hecho apenas si tuvo influencia en el primer aspecto y ninguna en el segundo, por tres razones fundamentales. La primera, fue la falta total de apoyo, e incluso la hostilidad, por parte de la burguesía andaluza, la cual, por esos años, ha optado ya por formar parte, de forma monolítica, del bloque hegemónico centralista a nivel del Estado Español, para asegurar las bases de su poder basado en la gran propiedad agrícola y en la represión contra los trabajadores que claman por su derecho a la tierra. Por este motivo, la gran burguesía andaluza, además de sumir a Andalucía en el subdesarrollo, haciéndola dependiente, asume a nivel ideológico las bases más conservadoras del nacionalismo españolista, negador de la existencia de una pluralidad de pueblos, culturas y naciones en el marco del actual Estado Español. Por ello, no le interesaba otra cosa que la negación de la existencia de una identidad cultural específica de Andalucía, tanto más cuanto, en gran parte, la cultura andaluza es cultura popular, expresión directa o simbólica de la realidad de la que esa clase dominante era directamente responsable.

La segunda razón fue la práctica inexistencia de relaciones entre el movimiento intelectual y las clases trabajadoras, a pesar del interés teórico de aquel por procurarlo. Y ello, tanto por la inmediatez de los gravísimos problemas de subsistencia del proletariado andaluz, en su gran mayoría agrícola y analfabeto, como por la influencia preponderante en él de las ideologías y organizaciones anarquistas, y luego también socialistas, que planteaban de forma simplista y reduccionista el pretendido carácter burgués de todo nacionalismo. Así, el primer descubrimiento consciente, desde la propia Andalucía, de la identidad cultural andaluza no influyó en la práctica sobre ninguna de las dos clases determinantes de la formación social andaluza. No influyó sobre la burguesía, porque a esta le interesaba ignorar, silenciar o, en su caso, menospreciar todo lo que no fuera cultura oficial, cultura "respetable": todo cuanto significara una contradicción, bien por su contenido o incluso por su propia existencia objetiva, con la versión que hacía de la realidad la ideología dominante, que era ideología burguesa y de nacionalismo estatalista español. Y tampoco influyó sobre el proletariado, porque a este, ni le llegó apenas su influjo ni estaba ideológicamente en posición receptiva para asumirlo; y esto, a pesar de que, desde el primer momento de aproximación consciente a ella, la cultura andaluza se dibujaba básicamente como cultura popular, como producto y expresión de la experiencia colectiva de las clases dominadas.

La tercera razón de su impotencia para incidir sobre la realidad fue de orden interno al propio movimiento intelectual y radicó en la fuerte influencia sobre él del krausismo y otras corrientes ideológicas liberales que, si bien

estaban claramente enfrentadas al conservadurismo, constituyendo planteamientos democrático-burgueses, partían del concepto equivocado de que Nación y Estado son entidades equivalentes, y al aplicarlo a España, para determinar el sujeto de la soberanía nacional, afirmaban la existencia de una “nación española” por el hecho de que existiese en la práctica el estado español. Teorización esta que sólo acepta la existencia de “regiones”, partes sin realidad posible separadas del todo “nacional”, y que supone una visión determinista y esencialista de la Historia que se mantendrá hasta la actualidad como una de las coerciones que tienden a bloquear ideológicamente la aparición o el reforzamiento de las corrientes nacionalistas en los diversos pueblos del Estado Español.

b) *El movimiento andalucista (1910-1936)*. Una segunda época dentro del proceso se extiende entre los años 1910 y la guerra civil española comenzada en 1936. En ellos surge y se desarrolla un movimiento que es, a la vez, cultural y político de signo regionalista y que se convierte, no obstante, en algunos momentos, en claramente nacionalista. Este movimiento es el comúnmente denominado “andalucismo histórico”, cuya trayectoria es menos lineal y cuyo contenido es menos homogéneo de lo que suele afirmarse.

En un primer momento, constituye la versión andaluza del pensamiento regeneracionista extendido en el conjunto del Estado a partir de los círculos intelectuales liberales, sobre todo tras la toma de conciencia de la decadencia de España ocasionada por la pérdida de las últimas colonias americanas y asiáticas. Se trataba, básicamente, de “regenerar” a España a partir de la “regeneración” de las “regiones”, promoviendo para ello la toma de conciencia de su identidad por parte del pueblo andaluz, como estaba sucediendo desde tiempo antes en el caso de Cataluña. Se trataba de dar a los andaluces un “ideal” por el que esforzarse, partiendo de que Andalucía existía realmente como pueblo pero estaba debilitada, “casi dormida”, y había que despertarla y regenerarla, haciendo que se mirara en el espejo de aquellas épocas pretéritas en las cuales la civilización alcanzó en ella mayor brillantez.

Para ello, sin embargo, no se partió de los logros del movimiento intelectual del período anterior (1868-1890), sino que se produjo un corte histórico respecto a aquel, basándose las teorizaciones, en la mayoría de los casos, en reflexiones idealistas y no en la aproximación a la realidad de la cultura andaluza. Los esfuerzos fueron dirigidos, en gran medida, a descubrir de forma teórica, sin base en estudios directos sobre la realidad, la “esencia” de Andalucía para regenerar a esta y desde una Andalucía regenerada, regenerar a España. Objetivo que tenía en sí mismo dos importantísimas limitaciones cara a conseguir la generalización de la autoconciencia de identidad y la formación de un potente movimiento político nacionalista: la vía en gran parte esencialista y ahistórica elegida para tratar de definir el contenido de la identidad cultural de la que el pueblo andaluz debería tomar conciencia y, aún

más importante, las contradicciones ideológicas y políticas en torno a los dos temas claves de la Reforma Agraria y de la caracterización de las entidades *Andalucía y España*.

Respecto al primer tema, Blas Infante, el más importante líder y teórico del movimiento, insistía en la definición de Andalucía como, fundamentalmente, un “país de jornaleros”, señalando como “el más inmediato y centra de los ideales... la tierra andaluza para el jornalero andaluz”. Este planteamiento, claramente progresista e incluso revolucionario, reiterado desde 1915, ponía a la mayor parte del movimiento andalucista en posiciones irreconciliables con las clases dominantes, pero apenas si tuvo eco o influencia sobre el movimiento obrero debido precisamente a que, tras esa declaración de objetivos, los regionalistas proponían una solución idealista, utópica y de marcado carácter pequeño-burgués, no asumible en modo alguno por el proletariado: convertir a los jornaleros en clase media campesina a través de la puesta en práctica del sistema fisiocrático *georgista* de la “absorción absoluta por la comunidad del valor o renta de la tierra desnuda de las mejoras debidas al trabajo humano”.

Respecto al segundo tema clave, la índole de las entidades Andalucía y España y de la relación entre ellas, el andalucismo histórico se mueve también en una casi permanente ambigüedad y en una actitud marcada casi siempre por el temor de verse acusado de separatista, lo que le hace adoptar una posición que no es nacionalista sino regionalista, salvo en determinados y no casuales momentos. Se afirma generalmente que Andalucía constituye incluso la “esencia de España”, una “patria regional” que forma parte de la “patria nacional”, de la “unidad social natural” que es España. Pero, junto a estas afirmaciones y a veces simultáneamente a ellas, en unos mismos documentos y teorizaciones, se señala asimismo que “España es un compuesto de naciones” o que es preciso lograr la “República Andaluza o Estado Libre de Andalucía”. Sólo en pocas ocasiones, como ocurrió en la Asamblea de Córdoba de 1919, el movimiento andalucista se define sin ambigüedades ni incoherencias como nítidamente nacionalista, afirmando que Andalucía es una realidad *nacional* no basada en “ley natural” alguna ni en determinismos históricos, sino en que “una común necesidad invita a todos sus hijos a luchar juntos por su común redención”. Ninguna alusión se hace aquí a España como nación: la referencia a ella se realiza como a un Estado cuyo centralismo es preciso abolir y al que no debe valer “resguardar sus miserables intereses con el santo escudo de la solidaridad o unidad *que dicen nacional*”⁷.

Este momento en que los regionalistas andaluces se convierten en nacionalistas no ocurre casualmente: sucede a comienzos de 1919, coincidiendo

7. El texto íntegro del Manifiesto de Córdoba de 1919, así como de otros tres documentos de importancia para la comprensión del denominado “andalucismo histórico”, ha sido editado, con comentarios, por Juan Antonio Lacomba: *Cuatro textos políticos andaluces (1883-1933)*. Publicaciones del Instituto de Desarrollo Regional. Universidad de Granada, 1979.

con la acentuación de las grandes luchas de los jornaleros andaluces sin tierras en reivindicación de la Reforma Agraria y con el objetivo de la revolución social. Estas luchas y la consiguiente represión que lleva a cabo el Estado centralista, a través de sus aparatos represivos, actúan de catalizadores para convertir al ala más progresista del hasta entonces ideológicamente ambiguo movimiento andalucista en claramente nacionalista y radical. Es entonces también cuando surge por vez primera el grito de “¡Viva Andalucía Libre!” Pero cuando las luchas campesinas se debilitan, como resultado de la feroz represión —la cual alcanza también a los andalucistas, varios de cuyos Centros son clausurados y algunos de sus miembros deportados—, la claridad de ideas vuelve a perderse y las contradicciones, ambigüedades y temores se ponen otra vez de manifiesto: el nacionalismo andaluz, con la exclusiva base de un sector de la pequeña burguesía intelectual no puede avanzar y ni siquiera mantenerse abiertamente como tal. Sólo cuando coincide con el movimiento obrero, principalmente agrario, logra emerger plenamente. Pero esta coincidencia, durante el primer tercio del presente siglo fue sólo coyuntural y de aquí que las posiciones nacionalistas no enraizaran en las clases populares, a pesar de que sus objetivos estaban claramente enfrentados a los intereses de la gran burguesía.

c) *La extensión de la autoconciencia de etnicidad y la actual emergencia nacionalista.* La tercera gran etapa en el proceso de formación de la autoconciencia de identidad y de emergencia del nacionalismo andaluz se extiende desde los años sesenta hasta la actualidad. Cuando, tras su fase autárquica, la dictadura franquista inicia su política desarrollista, Andalucía, junto a su papel de productora de materias primas para promover el crecimiento económico en otras zonas del Estado, pasó también a exportar, a gran escala, fuerza de trabajo a esas zonas y a los países de Europa con demanda de mano de obra. Y así, en Cataluña, Francia, Bélgica o Alemania, muchos trabajadores andaluces fueron por primera vez conscientes de la gran contradicción entre las enormes, potencialidades de Andalucía —superiores incluso a las de varios de esos países en algunos aspectos— y su realidad de pobreza y subdesarrollo. Pero en la emigración forzada no sólo ha florado a la conciencia la contradicción fundamental de Andalucía en el plano económico, sino que también ha surgido, asimismo por primera vez en muchos andaluces, la conciencia de su propia identidad como tales, de que Andalucía constituye un pueblo culturalmente definido por unas características específicas. Al contacto con otros pueblos y otras culturas distintas a la propia, el emigrante andaluz ha comprobado que su forma de experimentar y expresar la experiencia de la explotación y el desarraigo, si bien respondiendo a unas ciertas características universales por su pertenencia genérica a la clase obrera, responde también, en lo concreto, a unas características específicas, diferenciales, que son producto de su cultura propia, de la cultura andaluza.

En Sabadell, Colonia o Bruselas, los trabajadores procedentes de las diversas comarcas y pueblos andaluces no se han sentido emigrantes a secas, ni tampoco básicamente sevillanos, cordobeses, granadinos o almerienses, sino sobre todo, *andaluces*: miembros de una colectividad definida por el subdesarrollo y la dependencia, que están en la base de la propia necesidad de emigrar, pero también por unas características culturales, por unas actitudes, por unas formas de expresar la experiencia, por una identidad, en suma, que ha sido modelado a un pueblo específico: el andaluz. La masiva emigración de los años sesenta y comienzos de los setenta —una experiencia de Andalucía como pueblo, ya que ha sido sentida en propia carne por la gran mayoría de los andaluces, bien a través de su vivencia personal o por los efectos originados en parientes, amigos y paisanos de los lugares desde los que se emigra— ha sido, pues, el factor catalizador de máxima importancia tanto para el desarrollo de la conciencia de dependencia como para la cristalización definitiva de la autoconciencia de identidad. Lo que demuestra, entre otras cosas, lo erróneo de los planteamientos del economicismo reduccionista o marxismo vulgar y la realidad dialéctica de que la acentuación de la explotación y la dependencia, y los crecientes intentos de trivializar, prostituir o simplemente negar la identidad cultural andaluza, han desencadenado también fenómenos de signo inverso que han posibilitado la cristalización de la conciencia de identidad y su reafirmación explícita, así como también, de forma creciente, el rechazo consciente de la dependencia. Ambos elementos bases fundamentales para el emergente, aunque muy desarticulado todavía, movimiento nacionalista andaluz.

2.3. Las elaboraciones teóricas sobre la identidad andaluza

Es fundamental analizar las diversas visiones y teorizaciones que sobre Andalucía han realizado durante el último siglo y medio los intelectuales y otros profesionales de la cultura, tanto andaluces como no andaluces: literatos, filósofos, historiadores, folkloristas, sociólogos, antropólogos, economistas y otros. En unos casos, encontramos planteamientos globales elaborados; en otros, pinceladas y planteamientos no plenamente explicitados. Es de fundamental importancia sistematizar el material existente, que es mucho más abundante de lo que algunos suelen creer, y analizar el grado de influencia de cada corriente teórica sobre las diversas clases sociales, instituciones y organizaciones existentes en Andalucía. Si realizar esta labor, difícilmente podremos explicarnos el comportamiento de los agentes sociales, que, en definitiva, son los sujetos de la extensión o no de la autoconciencia de etnicidad y de la aparición o no de la conciencia nacionalista.

a) *Planteamientos de bloqueo a la extensión de la autoconciencia de identidad y a la emergencia nacionalista.* De forma provisional, agruparíamos la multiplicidad de argumentaciones, teorías y visiones sobre Andalucía que han constituido —y en muchos casos siguen constituyendo— factores de bloqueo en los siguientes apartados:

1. *Planteamientos escolásticos sobre el ‘hecho nacional’*

Componen esta corriente todas aquellas visiones tradicionales que entienden de forma estática el tema de las realidades nacionales, o que, aún considerándolo históricamente cambiante, exigen el cumplimiento de una serie de requisitos, que se plantean como “objetivos”, para que un pueblo determinado *pueda* convertirse en nación. Estas argumentaciones parten de un planteamiento escolástico y, referidas a Andalucía, desembocan en la afirmación de cualquier nacionalismo es aquí “artificial” y carente de toda base “objetiva”. Recuerdense, por ejemplo, a estos efectos, las tan conocidas posiciones de Bauer, Kautsky o Stalin señalando respectivamente el valor determinante e indispensable de la “comunidad de carácter”, la lengua diferenciada o el mercado interno para aspirar a ser nación.

En cualquier caso, según estos planteamientos escolásticos, antidualécticos y estérilmente academicistas, en Andalucía *no puede* haber posible nacionalismo “verdadero”, bien porque no posee una lengua específica, sino sólo un habla o hablas, ni, sobre todo, una economía integrada, además de existir una gran variabilidad cultural interna. Vienen aquí perfectamente al caso las palabras del maestro de historiadores Pierre Vilar en el prólogo de su obra *Cataluña en la España moderna*: “Toda incipiente reivindicación *nacional* suele ser rechazada al principio como carente de base: la negación del *hecho nacional* cuando despunta o resurge es, normalmente, la primera reacción del Estado dominante”. Y añade que este siempre plantea que se trata de un problema “*inventado artificialmente*”, al tiempo que “castiga al grupo concreto con celos y sanciones que acaban generando esos pretendidos artificios y consolidando el fenómeno cuya existencia se negaba”⁸.

2. *El economicismo reduccionista o ‘marxismo vulgar’*

Se trata de la reducción del “problema andaluz” a un problema genérico de subdesarrollo. Si esta fuera realmente la única característica definitoria de Andalucía, como afirman algunos, no existiría, siguiendo su argumentación, “hecho diferencial” andaluz alguno, ya que el subdesarrollo es común a Andalucía y a otros muchos territorios tanto de España como del mundo.

8. En Pierre Vilar: o. c., p. 6.

Esta visión, en sus diversas variantes, es producto de un materialismo economicista, reduccionista, que está muy extendido en amplios sectores de la izquierda marxista, tanto en la ideología como en las concretas organizaciones políticas. Se desconoce, o se minimizan sus consecuencias, el hecho de la división territorial del trabajo, a nivel estatal e internacional, que ha impuesto el capitalismo monopolista. Poner en el centro del problema el subdesarrollo y no la dependencia económica y política que produce aquel como uno de sus efectos, impide una visión adecuada del tema.

A veces, se han utilizado para respaldar el planteamiento reduccionista incluso teorías provenientes de la Antropología sin caer en la cuenta de su carácter no científico de pseudoconceptos. Así, por ejemplo, no hace más de una década, un destacado intelectual marxista cordobés afirmaba: “Andalucía se delimita, ahora más ostensiblemente, como una *cultura de la pobreza*, homogeneizándose con otras regiones en las que la pobreza acontece también... Resulta entonces que, en el plano de las expectativas, Andalucía se desdiferencia; de manera que, por esta vertiente, también resulta en extremo problemática la creación de una conciencia andaluza”⁹.

De este modo, el subdesarrollo andaluz habría producido un conjunto desidentificado de gentes, con mayor o menor conciencia de clase, pero carentes de toda posibilidad de identificarse étnicamente, no sólo en lo político sino incluso en lo cultural. Se niega así la identidad específica de Andalucía como formación social diferenciada y se reduce el “problema andaluz” a una cuestión de lucha de clases exclusivamente en el terreno económico y también estrictamente interna. (Esto último constituyendo una flagrante contradicción con la negación de que sea una formación social específica).

Andalucía, pues, sólo podría entenderse como *región* y sus problemas como fruto de desequilibrios regionales que pueden compensarse desde el Estado. Se olvida, entre otras cosas, que el actual subdesarrollo andaluz es una realidad de sólo poco más de un siglo de antigüedad, resultado directo del papel asignado a Andalucía en la división territorial del trabajo impuesto con la consolidación plena del modo de producción capitalista en España, a través de la alianza entre la gran burguesía terrateniente andaluza y las burguesías industrial y financiera catalana y vasca. Y se olvida también que la dependencia no sólo significa subdesarrollo económico, sino también dependencia política e incluso alienación cultural, así como las correspondientes respuestas en esos tres niveles por parte del pueblo andaluz. Respuestas que, en unos casos, son inpuñadoras y en otros simplemente adaptativas; a veces directas

9. Carlos Castilla del Pino: “Andalucía no existe”. *La Ilustración Regional*, n.º 4, pp. 14-15. Sevilla, 1974.

y a veces simbólicas; en ocasiones conscientes y en otras inconscientes pero que están ahí, constituyendo una cultura específica que yo a veces he llamado *cultura de la opresión* (que no de la pobreza, porque no es lo mismo)¹⁰.

3. *Las simplificaciones del internacionalismo y la consideración del nacionalismo como necesariamente interclasista*

Ambas posiciones, ligadas o no, son también propias de un esquematismo antidualéctico que a veces se presenta como marxista. El nacionalismo, cualquier nacionalismo, es entendido como contrapuesto al internacionalismo y a la solidaridad entre todas las clases explotadas, etiquetándosele, por tanto, de “burgués”.

Se desconocen en este planteamiento varias cosas, entre ellas la realidad de la existencia de formaciones sociales específicas y no de una sola formación social a escala universal (aunque el sistema económico sí lo sea básicamente), el fenómeno del imperialismo y de la opresión de unos pueblos sobre otros, tanto a nivel mundial como intraestatal, la ley de desarrollo desigual del capitalismo, la actual confrontación Norte-Sur, y también —esto a nivel de la teoría— el concepto planteado por el propio Marx de *clase nacional* como aquella que en una fase histórica determinada encarna los intereses generales del conjunto social.

El menosprecio o simple ignorancia de este último concepto ha hecho que muchos autodenominados marxistas sigan considerando que la clase social que constituye la principal fuerza motriz de los movimientos nacionalistas, aún hoy día, es siempre, necesariamente, la burguesía, por el hecho de que esto fue realmente así en el siglo XIX —allí donde se dió con cierta pujanza la reivindicación nacionalista—, cuando aquella clase estaba realmente en ascenso e interesada en unificar con dicha reivindicación al conjunto de las clases para así defender sus intereses frente al de otras burguesías.

La distinción entre fenómenos de “economías periféricas”, que dieron lugar a movimientos nacionalistas en el XIX, protagonizados principalmente por las clases burguesas, y “neocolonialismos internos”, que están en la base de los *nuevos nacionalismos* o nacionalismos protagonizados básicamente por las clases populares, es un buen método para comprender la relación entre nacionalismo y lucha de clases.

10. Isidoro Moreno: “La cultura andaluza: una cultura de la opresión”. *Punto y Coma*, n.º 11-12, pp. 12-13, Barcelona, 1978; “Sobre lo andaluz y la cultura andaluza”, en *Hacia una Andalucía Libre*, pp. 211-215, Edisur, Sevilla, 1980; “Cultura tradicional y cultura popular en la sociedad moderna”. *Cultura Tradicional y Folklore. Primer Encuentro en Murcia*, pp. 69-83, Murcia, 1981.

4. Las teorías esencialistas alienadoras

Constituyen un amplio conjunto de visiones y pseudoteorizaciones que se presentan como explicaciones filosóficas o incluso antropológicas (?) de la realidad cultural y social andaluza. Esta se explica, las más de las veces, por las pretendidas características inmanentes del *ser* andaluz.

La más conocida de estas “teorías” es la tan citada de Ortega y Gasset planteada frívolamente en 1927 desde las páginas de un diario madrileño y que ha servido de base para gran parte de los tópicos y estereotipos vertidos sobre Andalucía desde entonces con una clara finalidad —explícita o inconsciente no es el caso— de alienación de los propios andaluces y de tranquilidad para biempensantes extraandaluces.

Decía Ortega que “vive el andaluz en una tierra grasa, ubérrima, que con mínimo esfuerzo da espléndidos frutos. Pero, además, el clima es tan suave que el hombre necesita muy pocos de estos frutos para sostenerse sobre el haz de la vida. Como la planta, sólo en parte se nutre de la tierra y recibe el resto del aire cálido y la luz benéfica. Si el andaluz quisiera hacer algo más que sostenerse sobre la vida, si aspirase a la hazaña y a la conducta enérgica, aún viviendo en Andalucía tendría que comer más y, para ello, gastar más esfuerzo. Pero esto sería dar a la existencia una solución estrictamente inversa a la andaluza... La famosa holgazanería es precisamente la fórmula de su cultura. Su solución es profunda e ingeniosa: en vez de aumentar el *haber*, disminuye el *debe*; en vez de esforzarse para vivir, vive para no esforzarse, hace de la evitación del esfuerzo principio de su existencia...”¹¹.

Aquí tenemos “teorizada” la presunta incapacidad esencial del andaluz para responder activamente a las situaciones. Se señala la existencia de una cultura específica andaluza pero esta misma cultura, presentada como por encima de la historia, dotada de unas características esenciales, es la misma fuente de la incapacidad intrínseca de los andaluces para tener autoconciencia de ella y, aún más, para actuar.

Tras Ortega, Julián Marías y otros epígonos con menos imaginación han repetido, una y otra vez, variaciones sobre el mismo tema. Es preciso analizarlas y, sobre todo, estudiar sus efectos sobre la propia “intelectualidad local” andaluza.

5. La identificación de lo andaluz con lo genéricamente español

Se trata de la negación de la especificidad andaluza aduciendo, con diversos razonamientos, que los posibles rasgos culturales específicos han pasado a ser parte —o son resultado— del patrimonio genérico cultural español. Se trata, fundamentalmente, del viejo tema de “Andalucía, esencia de España”.

11. José Ortega y Gasset: *Teoría de Andalucía y otros ensayos*. Madrid, 1952, pp. 19-20.

A un nivel de análisis, estos planteamientos poseen tres objetivos principales: la negación de la existencia de una pluralidad de culturas e identidades étnicas nacionales dentro del Estado Español, la negación de Andalucía como etnicidad específica —y por tanto la imposibilidad de extensión de la autoconciencia de identidad y de la emergencia nacionalista— y la expoliación a la cultura andaluza de una serie de elementos culturales que, luego de ser mixtificadas, se tratan de presentar como caracterizadores de una pretendida única “cultura española” reflejo de una también única nación, llamada a serlo por las pretendidas leyes de la naturaleza y de la historia cuando no por el designio directo de Dios y la intervención de la providencia.

El análisis de los procedimientos y resultados de esta expoliación y mixtificación es de capital importancia para entender la débil autoconciencia de etnicidad que durante mucho tiempo —y aún en parte hoy— ha tenido el pueblo andaluz, despojado de gran parte de los propios marcadores de su identidad, por no hablar del despojo de otra buena parte de su memoria histórica.

La manipulación, mixtificación e incluso apropiación de una serie de rasgos culturales, celebraciones festivas y otras expresiones de la etnicidad ha sido muy grande por espacio de siglos y su estudio me parece especialmente relevante. Algo en este sentido hemos iniciado ya junto a varios colaboradores.

Respecto al cante flamenco, por poner un ejemplo, este ha sufrido un intento permanente de trivialización, fosilización o incluso prostitución, con objeto de descargarlo de su fuerte potencial implícito como expresión de la existencia social oprimida que han sufrido las clases dominadas andaluzas y desidentificarlo como uno de los principales marcadores de la etnicidad andaluza. Potencial de denuncia que no es ninguna novedad afirmarla ahora sino que ya planteara rotundamente en 1870 Antonio Machado y Alvarez la principal figura del ya citado movimiento intelectual de antropólogos y folcloristas de la época.

El que todavía hoy, incluso en la propia Andalucía, haya quienes confundan el cante flamenco con Manolo Escobar o con algunas de las “folklóricas” de la “canción española”, es buena prueba del éxito de esta expoliación manipuladora y de sus resultados alienantes sobre un alto número de andaluces.

6. La negación de Andalucía como formación social diferenciada con cultura propia

En no pocas ocasiones, planteamientos de este tipo están estrechamente unidos a alguno o varios de los anteriormente señalados. Pero aquí la principal referencia es a la Historia.

A partir de lo que la mayor parte de la historiografía oficial continúa de nominando *Reconquista*, se señala que Andalucía constituye sólo una región de Castilla primero y luego de España, sin que nunca se haya constituido en una formación social específica y sin poseer otra cultura que la castellana más o menos matizada localmente. Hay aquí varias confusiones que ahora únicamente mencionaremos pero que es imprescindible profundizar en el futuro: entre lengua y cultura, entre instituciones jurídicas y cultura, entre Estado y formación social, entre ruptura institucional —y también en gran parte poblacional— y completa asimilación cultural, etc.

Por señalar sólo algunas cuestiones, diremos que, como ya reconocen historiadores tan poco proclives a planteamientos “andalucistas” como el propio Domínguez Ortiz, Andalucía es el único territorio de la Península, e incluso del occidente europeo, en que no existió plenamente una situación feudal, debido a la existencia de la formación social de Al-Andalus, de características muy distintas a las de los reinos cristianos del Norte. Cuando uno de estos Castilla-León, conquista militarmente en el siglo XIII toda la Andalucía del valle del Guadalquivir, no se impone en ella una situación típicamente feudal sino más bien señorial, que no es exactamente lo mismo, lo que está en la base de muy importantes especificidades sociales y culturales.

También es evidente que la actual Andalucía nace a la Edad Moderna tras dos siglos y medio de haber estado dividida en dos estados, dos etnias y dos culturas. Pero no es menos cierto que, durante la mayor parte de esos doscientos cincuenta años, la ósmosis e interinfluencias, sobre todo culturales, entre ambas zonas fueron muy amplias. Por no remontarnos a épocas anteriores de básica unidad representadas por cinco siglos de Al-Andalus y otros varios de la Bética. Pero, en cualquier caso, a partir de fines del XV la experiencia colectiva de la gran mayoría de la población andaluza, tanto de la repobladora como de la parte de la población anterior que logra permanecer en el territorio pese a las repetidas deportaciones, será ya básicamente común, aunque esto no quiere decir que hayamos de minimizar las diversidades internas producidas por la variedad de hábitats, economías, tradiciones y procesos locales, etc.

Tras el descubrimiento de América y su colonización, Andalucía se constituye, en gran medida, en centro del sistema económico del Estado y se va convirtiendo de nuevo, a partir sobre todo de la zona del Valle del Guadalquivir, en una formación social diferenciada: en ella se establecen por primera vez, no sólo en la península sino incluso en Europa, unas relaciones sociales de producción nétamente capitalistas. La consolidación del sistema económico capitalista en el conjunto del Estado Español, a lo largo del siglo XIX, acentuó la homogeneización de la experiencia colectiva de la gran mayoría de andaluces, al implantarse en la segunda mitad de la centuria una nueva división territorial del trabajo y serle adjudicado al conjunto de Andalucía un

papel económico dependiente y periférico que no había tenido hasta entonces. Este proceso de neocolonialismo interno impulsó la desvertebración interna, bloqueando la conciencia de la experiencia colectiva y retrayendo a los andaluces a múltiples conciencias particularistas. Si a todo esto se une la expoliación antes señalada de los signos de identidad cultural, no es excesivamente difícil explicarnos la situación resultante.

7. La exaltación del nacionalismo de estado español

La continua exaltación del nacionalismo de estado, a través de la mitología de la “nación española”, presuntamente destinada a englobar todos los territorios y pueblos de la península Ibérica (el Portugal independiente sería sólo un accidente) y algunas islas, es otra de las ideologías que han actuado tradicionalmente, y siguen hoy actuando, como factor importante de bloqueo.

La confusión entre los conceptos de Estado y Nación no sólo es propio en España del pensamiento político reaccionario, sino también de una buena parte del pensamiento liberal. Ya en la segunda mitad del siglo pasado fue evidente esta posición en los liberales krausistas (el artículo sobre “El concepto de Nación”, publicado en Sevilla en 1870 por Federico de Castro, es una prueba de ello), y a partir de ahí ha llegado hasta la actualidad, presentándose hoy en diversas variantes, como la que plantea la presunta “racionalidad” de la consideración de España como una única nación, negando la existencia —e incluso a veces la posibilidad— de los diversos hechos nacionales en el interior del Estado, o la que defiende la misma causa para no dejarla en manos de la derecha autoritaria.

Es de destacar que la propia existencia de textos de “Historia de España” que se remontan incluso a la Prehistoria es ya una mitificación de la realidad histórica, pues se presupone que España como entidad ha existido desde siempre. Viriato, Numancia, Covadonga, etc., son otros tantos mitos históricos que pretendidamente jalonan el proceso ineluctable hacia la actualidad. La “unidad de destino en lo universal” que caracterizaría a España no es simplemente una frase de corte fascista, sino que es un presupuesto de muchos planteamientos de personas y corrientes intelectuales y políticas que se escandalizarían de verse puestas en una misma línea con aquella.

8. Los estudios “científicos” sobre Andalucía que omiten la propia existencia de Andalucía

Se han realizado en las últimas décadas una serie de estudios en campos académicos diversos: Historia, Sociología, Antropología, etc., que, centrados en aspectos o realidades microsociales, desconocen o no abordan en absoluto el nivel macrosocial andaluz, pasando directamente del análisis local al nivel del Estado.

Este planteamiento afecta en gran medida al pensamiento intelectual sobre Andalucía. En lo que respecta al campo concreto de la Antropología, hemos analizado recientemente el tema¹².

b) *Planteamientos generadores de conciencia de etnicidad mixtificada.* Al igual que se ha hecho con los planteamientos que constituyen factores de bloqueo a la extensión de la autoconciencia de etnicidad y a la emergencia nacionalista, debe hacerse con todas aquellas corrientes y visiones que afirman el hecho andaluz como identidad específica y explicitan la necesidad de extender la autoconciencia de dicha identidad, pero se basan en planteamientos y argumentaciones incorrectas, no sólidas desde un punto de vista científico, por lo que se produce una conciencia de etnicidad mixtificada.

En dos grandes bloques de planteamientos parece oportuno agrupar estas teorizaciones.

1. *La mixtificación esencialista de Andalucía y la imposible vuelta a un pasado mítico*

Frente a quienes niegan la existencia de una cultura específicamente andaluza e incluso, a veces, la propia existencia de Andalucía, en base a algunos de los planteamientos anteriores que son factores de bloqueo, se ha propugnado en diversas ocasiones la tesis idealista y ahistórica de que Andalucía y la cultura andaluza han existido siempre. De que un “genio andaluz”, implantado permanentemente desde tiempos remotos y mantenido a través de los siglos, ha actuado como crisol asimilador de todos los aportes de cuantos pueblos han dejado su huella en Andalucía.

Máximo representante de este planteamiento *esencialista* fue el primer Blas Infante, el Infante de los primeros capítulos de *El Ideal Andaluz*, y tras él una buena parte del movimiento andalucista. En dicha obra, publicada en 1915, puede leerse: “la vida original, cuya continuidad perpetúa el genio de su antigua ascendencia, es alentada todavía por el pueblo andaluz. El espíritu de un mismo pueblo ha flotado siempre, flota aún, sobre esta tierra hermosa y desventurada que hoy se llama Andalucía. Su sangre ha podido enriquecerse con las frecuentes infusiones de sangre extraña; pero sus primitivas energías vitales se han erguido siempre dominadoras; no han sido absorbidas, como simples elementos nutritivos, por las energías vitales de una sangre extranjera”.

12. Isidoro Moreno: “La Antropología Cultural en Andalucía: estado actual y perspectivas de futuro”. En *Antropología Cultural de Andalucía*, pp. 93-107. Sevilla, 1984; y “La doble colonització de l’antropologia andalusa”. *Quaderns de l’Institut Català d’Antropologia*, n.º 5, pp. 69-84. Barcelona, 1984.

La finalidad de argumentaciones de este tipo es refutar la idea de que Andalucía no existe o de que, aún existiendo, es inferior a otros pueblos. Pero si bien la intención es la de conseguir la extensión de la conciencia de identidad por parte de los andaluces, esta identidad es planteada de forma idealista, por encima de la Historia. Consistiría en un “genio”, “ideal” o entelequia similar, encarnado en un pueblo o etnia también básicamente inmutable en su naturaleza esencial. Este “genio” o *esencia*, cuando pudiera expresarse y aflorar libremente produciría civilizaciones brillantes de importancia universal —Tartessos, la Bética, el Califato...—, mientras que estaría muy débil, “como dormido”, cuando una fuerza externa pesara sobre él impidiéndole expresarse.

Con este planteamiento, no puede extrañar que la identidad perdida se intente reencontrar volviendo los ojos hacia aquellos momentos en que el “genio” pudo expresarse, dejando en un nivel secundario el propio análisis de los condicionamientos actuales de la situación andaluza y dando respuestas a esta situación de carácter idealista cuando no claramente anacrónico.

La conciencia mixtificada que estas argumentaciones crean —y que se da también en otros muchos lugares y no sólo en Andalucía— no puede conectar, debido a su fuerte carácter idealista, con la conciencia de clase de los trabajadores, con lo cual se bloquean la cristalización de una conciencia de etnicidad no mixtificada y la expansión del nacionalismo de clase.

2. Andalucía como una realidad por encima de las clases

Integrarían este apartado aquellos planteamientos, también esencialistas, que consideran que los pueblos o grupos étnicos no tienen relación alguna con las clases sociales, o se sitúan en un nivel superior al de estas. Estaríamos aquí ante el polo opuesto al economicismo reduccionista, como éste también estéril para comprender la realidad.

En el plano político, estas posiciones se reflejan en teorizaciones y, sobre todo, prácticas interclasistas, aunque en Andalucía, por la índole de la propia estructura social, tienen poco eco. No obstante ello, de forma no plenamente explícita, se basan en esta premisa los planteamientos de carácter populista de quienes tratan de presentarse como defensores “de todos los andaluces”.

2.4. Los elementos marcadores de la etnicidad

Aunque no sea más que sintéticamente, planteamos la labor necesaria de realizar y algunos resultados provisionales de las investigaciones ya efectuadas.

a) *Los marcadores de la etnicidad en las diversas teorizaciones.* Se hace preciso analizar cuáles son los elementos claves de la etnicidad para cada una

de las teorizaciones y planteamientos antes expuestos y cuáles han sido sus usos tanto a nivel ideológico como político por parte de las diferentes clases y sectores sociales.

b) *Referentes y contenidos de los símbolos y expresiones de la etnicidad*. Se trataría de profundizar en los elementos más específicos de la cultura andaluza *real* y en el universo de significados que cada uno de ellos ha tenido y tiene para los diversos sectores y clases. Es imprescindible profundizar, con base en el trabajo de campo antropológico, temas como los siguientes:

- a) Las fiestas, romerías y otros acontecimientos y celebraciones de reproducción de identidad de los diversos niveles sociales¹³.
- b) Las asociaciones e instituciones sociales y los mecanismos que controlan y regulan las relaciones sociales y de poder¹⁴.
- c) El cante y otras expresiones culturales verbalizadas y simbólicas.
- d) Los símbolos iconográficos.

c) *Los componentes estructurales de la etnicidad*. A partir del trabajo de campo anterior, debe accederse a los componentes estructurales de la etnicidad andaluza que subyacen en las expresiones y elementos más significativos de la etnicidad.

A título de ejemplo, basado en los estudios que hemos realizado hasta ahora, se podrían señalar sintéticamente tre elementos fundamentales¹⁵:

13. Isidoro Moreno: "Las fiestas: simbolismo e identidad cultural". En *Antropología de las fiestas* (Isidoro Moreno, compilador), Ed. Fontanella, Barcelona (en prensa). Nuestro libro *La Semana Santa de Sevilla: conformación mixtificación y significaciones* (Publicaciones Ayuntamiento de Sevilla, 1982), podría ser un ejemplo del tipo de análisis que creemos adecuado realizar. También "Cofradías andaluzas y fiestas: aspectos socio-antropológicos". En *Tiempo de Fiesta* (H. Velasco, Ed.), Ed. Tres, catorce, dieciséis, pp. 71-93, Madrid, 1982.
14. Desde hace ya bastantes años me vengo ocupando del estudio de las hermandades, cofradías y otras asociaciones andaluzas con importantes funciones sociales, económicas, políticas y simbólicas. Entre mis publicaciones sobre el tema pueden verse: *Propiedad, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1972; *Las hermandades andaluzas: una aproximación desde la Antropología*, Sevilla, 1974; "Control político, integración ideológica e identidad étnica: el "sistema de cargos" de las comunidades indígenas americanas como adaptación de las cofradías étnicas andaluzas". *Primeras Jornadas de Andalucía y América*, vol. II, pp. 249-265. La Rábida, Huelva, 1981; "Orientación de la personalidad, identificación simbólica y sistema dual de hermandades". *Arxiu d'Ethnografia de Catalunya*, vol. 1, pp. 105-121. Tarragona, 1982; "Estructura y simbolismo: hermandades y Semana Santa". En *Sevilla y su provincia*, vol. IV, pp. 148-184. Ed. Gever, Sevilla, 1984; "Las Cofradías sevillanas en la época contemporánea: una aproximación antropológica". En *Las Cofradías de Sevilla. Historia, Antropología, Arte*, pp. 35-50. Sevilla, 1985; y *Cofradías y hermandades andaluzas*. Biblioteca de la Cultura Andaluza. Sevilla, 1985.
15. Véanse nuestras publicaciones ya citadas sobre el tema y especialmente "Hacia la generalización de la conciencia de identidad". En *Historia de Andalucía*, vol. VIII, pp. 275-298. Madrid, 1981. Un ensayo de colaboración interdisciplinaria para aplicar las características antropológico-culturales primarias de la identidad andaluza al campo de la Psiquiatría es el trabajo elaborado conjuntamente con los profesores J. Giner, M. Camacho y otros: "Psicopatología y Cultura Andaluza", presentado al *IX Congreso Latino-Mediterráneo de Psiquiatría*. Taormina, 1984, publicado posteriormente en *Anales de Psiquiatría*, vol. I, n.º 1, pp. 25-35, Madrid, 1984.

- a) Un acusado antropocentrismo y una acentuada tendencia a la personalización de las relaciones sociales, evitando en lo posible las relaciones basadas exclusivamente en el desempeño de roles, lo que desemboca, entre otros resultados, en una fuerte segmentación social.
- b) La negativa a reconocer e interiorizar ningún tipo de inferioridad que afecte a la autoestima, y el rechazo a ser definidos como inferiores, lo que lleva en muchas ocasiones a la negación simbólica de la realidad.
- c) Un acentuado relativismo respecto a las creencias y valores, que puede derivar fácilmente hacia actitudes de escepticismo y superioridad simbólica con efectos paralizantes respecto a la actividad.

2.5. Etnicidad, nacionalismo e intereses de clase

a) *Los planteamientos teóricos y los intereses de clase.* Esta parte del trabajo consistirá en analizar el uso de los diversos planteamientos teóricos existentes sobre Andalucía y examinados con anterioridad, por parte de las diversas clases, fracciones de clase y sectores sociales, de acuerdo con la estrategia de éstas en los diversos momentos.

Para poner unos ejemplos, habrá que examinar la aparición recurrente de la argumentación de las “dos Andalucías” en lo político —negación de la existencia de una única Andalucía— y el cambio operado en algunas fuerzas políticas de la izquierda estatal, que pasaron de la utilización de argumentos de bloqueo al uso de planteamientos no negadores de la identidad andaluza pero generadores de conciencia mixtificada, y luego al abandono o deterioro de algunos símbolos de la identidad. Y también habrá que analizar los mecanismos mediante los cuales un sector de la clase obrera comenzó a fusionar su conciencia de clase con la conciencia étnica y nacionalista.

b) *El papel de las instituciones y organizaciones.* Se impone asimismo la necesidad de analizar cuál ha sido, y es, el papel de las diversas instituciones oficiales, partidos políticos, sindicatos, entidades, asociaciones culturales, de vecinos, etc. en el proceso general que estamos estudiando.

Este análisis ha de realizarse teniendo en cuenta principalmente las tres fases fundamentales en que dividimos el proceso de extensión de la autoconciencia de etnicidad y de emergencia nacionalista, y también las estrategias de clase en cada una de ellas. Y es evidente que tendremos que prestar especial atención al contexto político global a nivel estatal.

2.6. Los catalizadores de la autoconciencia de identidad y de la conciencia nacionalista

a) *Las luchas por la tierra.* Como ya expusimos anteriormente, las luchas jornaleras por la Reforma Agraria y, en general, el problema de la tierra han constituido históricamente, y todavía lo son hoy, uno de los principales catalizadores de la autoconciencia de identidad. De todos modos, en muchas ocasiones este factor catalizador ha sido en parte neutralizado por la acción de varios factores de bloqueo. Se trata, entonces, de profundizar en la relación entre ambos factores¹⁶.

b) *La emigración.* Consideramos que la gran emigración forzada hacia el exterior a que se vieron abocados los andaluces, principalmente a partir de 1959, ha sido el factor catalizador de máxima importancia para la cristalización de la autoconciencia de etnicidad. Se trata, entonces, de investigar, la experiencia misma de la emigración y su directa influencia en la aparición o consolidación de la autoconciencia de identidad andaluza por parte de los emigrantes, estudiando:

- a) Las distintas variables en función de los lugares de emigración, tipo y duración del trabajo, experiencias anteriores, etc.
- b) Los centros formales e informales de interacción social de los emigrantes andaluces en otros lugares del Estado con culturas diferentes a la andaluza y en otros estados europeos, y las acciones simbólicas en ellos desarrolladas¹⁷.
- c) Los emigrantes retornados y su modo de reintegración a la sociedad andaluza. Es preciso examinar, por ejemplo, hasta qué punto los principales líderes obreros nacionalistas han sido o no emigrantes.
- d) Los retornos temporales, en épocas de vacaciones, a los lugares de origen de quienes continúan en la emigración.
- e) La relación entre nivel de autoconciencia andaluza y retorno, y entre dicho nivel y lugar de retorno (al pueblo de origen o a otros lugares)¹⁸.

16. Sobre la importancia simbólica de la tierra en Andalucía presentamos sendas ponencias a las "Jornadas sobre la Tierra" (Jerez, febrero 1984) y al III Congreso de Antropología (San Sebastián, abril 1984). Un resumen de los planteamientos fue publicado en el número 2-3 de la revista *Nación Andaluza* con el título "Reforma agraria e identidad andaluza: implicaciones simbólicas del problema de la tierra en Andalucía" (pp. 91-96. Granada, 1984).

17. Actualmente estamos desarrollando, con una Ayuda del Instituto de Desarrollo Regional de la Universidad de Sevilla, una investigación sobre asociacionismo, redes sociales y autoidentificación étnica de los emigrantes andaluces en Cataluña.

18. Sobre varios de estos últimos aspectos existe ya un trabajo —aún no publicado— sobre los emigrantes retornados de la Sierra de Cádiz, que realizó con mi dirección la licenciada Emma Martín Díaz.

c) *Otras situaciones catalizadoras.* Especial interés tendría el análisis de situaciones y acontecimientos que hayan actuado de catalizadores de la autoconciencia de identidad. Un buen ejemplo lo constituyó la oposición del gobierno de UCD a que la autonomía andaluza siguiese la vía del artículo 151 de la Constitución española, percibida por la mayoría de los andaluces como el único camino para obtener una autonomía “de primera categoría”, equiparable a la de Cataluña y País Vasco. Independientemente de los oportunos políticos de las diversas organizaciones y de la correspondencia o no de la citada percepción con la realidad, la negativa a aceptar “una autonomía de segunda división” y el intento de imponer esta a Andalucía se convirtieron en verdaderos catalizadores de la conciencia de identidad —aunque ello no tuviera paralela correspondencia a nivel de conciencia nacionalista por razones en las que no vamos ahora a detenernos—. La eclosión del 28 de Febrero de 1980 y de las semanas precedentes fue resultado directo de la presencia de estos catalizadores.

3. TRABAJO DE CAMPO ANTROPOLOGICO Y OTRAS TECNICAS DE INVESTIGACION SOBRE LA ETNICIDAD ANDALUZA

Es obvio que los objetivos de una investigación como la que hemos expuesto requiere tiempo, apoyo económico —del que tan escaso está la investigación en nuestras Universidades— y un equipo estable dedicado a ella. Aunque con no pocos esfuerzos y problemas estamos avanzando en algunos aspectos de ésta, sería necesario la realización de trabajo de campo antropológico intensivo, no del tipo de los “estudios de comunidad”, sino para el análisis de elementos y temas relevantes, en su forma de funcionamiento y en sus significados, *en* comunidades, instituciones, etc. concretas.

La selección de lugares debe responder, combinándolos, a los dos criterios principales siguientes:

- Su carácter urbano, gran propietario-jornalero, pequeño-campesino, mariner, minero o de emigrantes.
- Su pertenencia a las diversas comarcas o subáreas en que dividimos en principio Andalucía, y que son: Costa Atlántica; Costa Mediterránea; Campiñas de Córdoba, Sevilla y Cádiz; Andévalo y Sierras de Huelva y Sevilla; Los Pedroches, como zona de frontera con La Mancha y Badajoz; Serranía de Ronda-Cádiz; Vegas y Hoyas granadinas; la Alpujarra; Lomas y Montes de Jaén; Los Vélez y otras zonas almerienses fronterizas con Murcia. Además, como ya se ha señalado, se hace imprescindible trabajar

en los núcleos andaluces de la emigración, tanto en los principales países receptores europeos como en Cataluña y otros lugares del Estado Español con fuerte contingente de mano de obra andaluza. También habría que agregar Madrid, por ser en muchos casos una emigración cualitativamente distinta.

En ningún momento debe olvidarse conectar el nivel microsocial de cada comunidad, institución o expresión cultural concretos con los diversos niveles macrosociales.

Junto a las técnicas de observación-participación, se practicará también la realización de entrevistas semidirigidas con informantes significativos, elaborándose "historias de vida" que completen el material recogido por otras vías.

Parte fundamental para varios aspectos de la investigación es el trabajo sobre bibliografías y en archivos. Es necesario realizar un análisis de contenido de las obras literarias, ensayísticas, historiográficas, sociológicas, antropológicas, etc., aplicándoles el modelo tipológico ya explicitado respecto a los diversos planteamientos sobre la identidad de Andalucía, tratando de determinar el marco ideológico en que se inscriben dichas obras, así como su influencia. Y asimismo deberán realizarse catas en hemerotecas, archivos municipales y de otras entidades para acceder a informaciones y datos significativos que en muchos casos son apenas conocidos pero que pueden dar luz sobre significativos aspectos de la investigación.